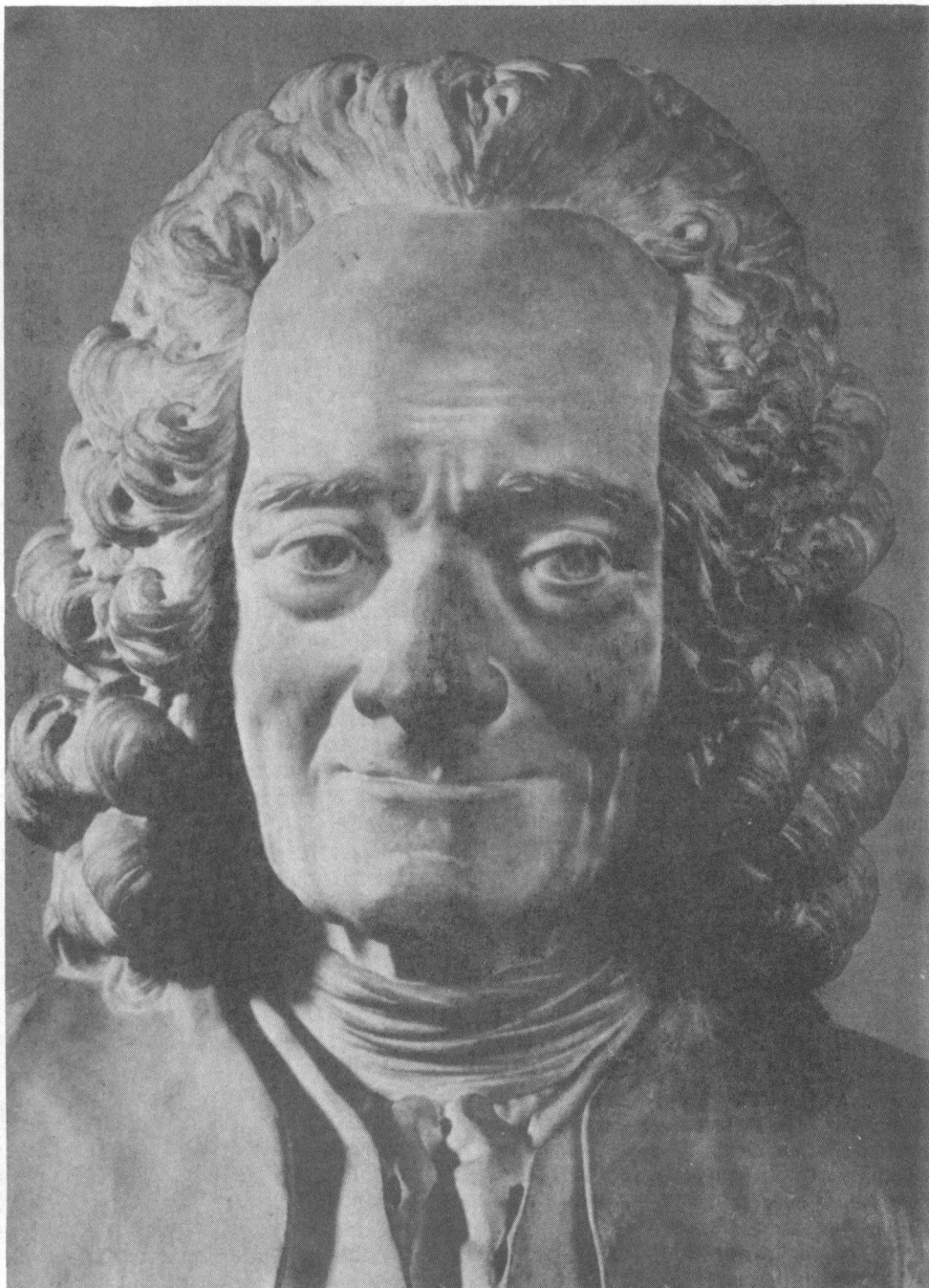


Bernard Groethuysen. Otro precursor Voltaire o la pasión de la razón*



* Capítulo IV del libro *Philosophie de la Revolution Francaise*. Editions Gonthier, Paris, 1966. Traducción de Rubén Jaramillo V.

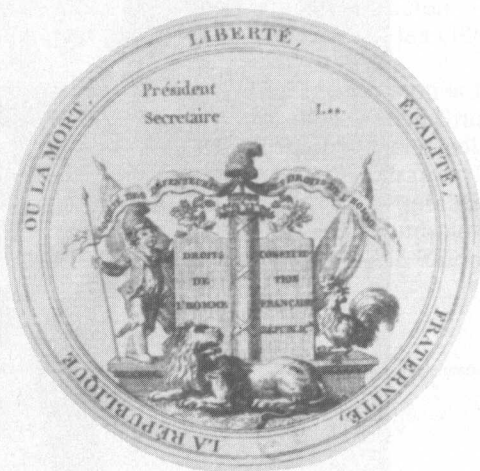
LA LEY MORAL UNIVERSAL

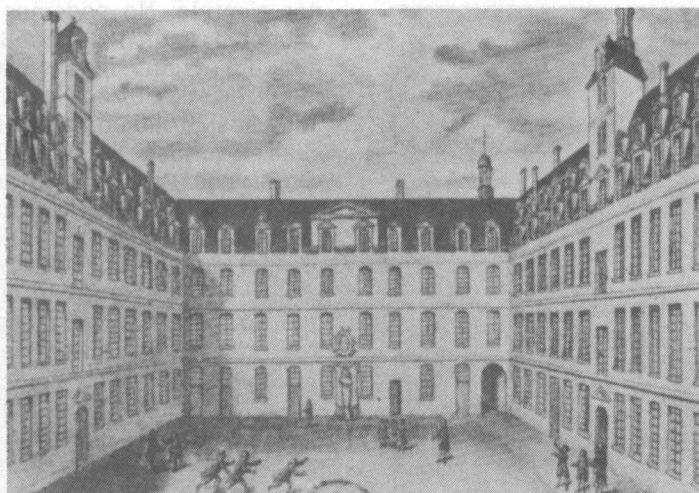
Voltaire, lo mismo que Montesquieu, concibe en su diversidad el mundo que le revela la historia del espíritu, el mundo del hombre, que es tan sorprendente como todas las maravillas de la naturaleza y bastante más interesante, puesto que finalmente se vive con los hombres. Y lo mismo que Montesquieu, percibe la variedad de leyes bajo las cuales viven los hombres. Aquí son éforos, allí cónsules, un aerópago o un senado los que gobiernan a los pueblos; el régimen bajo el cual viven los estados es a veces democrático, a veces aristocrático, a veces monárquico. Aquí no se puede tener sino una sola mujer, allí muchas; aquí el padre decide según su propio parecer quien será su heredero, allí reina la ley de la primogenitura.

Pero —y en esto difiere Voltaire del autor del *Espíritu de las leyes*—, sus estudios de historia lo llevan a pensar que ninguna nación vive bajo buenas leyes. Todas estas leyes han sido dictadas según el interés del legislador, un interés momentáneo, ellas descansan sobre la ignorancia y la superstición. Se han hecho las leyes como se han construido las ciudades, sin plan preconcebido y tal como el azar las quería, según las condiciones espaciales o temporales y las necesidades de los hombres.

“Las leyes —escribe a Catalina II— se han hecho ulteriormente, de la misma manera que se remienda un barco que hace agua; ellas son innumerables porque son hechas bajo necesidades siempre renacientes; ellas se contradicen porque estas necesidades cambian siempre; han sido mal redactadas, porque casi siempre han sido escritas por pedantes bajo gobiernos bárbaros. Se asemejan a nuestras ciudades construidas irregulares y casualmente, en las que se mezclan palacios y chozas en calles estrechas y tortuosas”¹.

Y sucede lo mismo si examinamos las opiniones de la gente. Por todas partes encontramos diferencias, contradicciones. ¿Qué queda de todos los sistemas de la filosofía? Un caos de dudas y de quimeras. No hay uno solo de estos filósofos constructores de sistemas que no hubiera podido decirse al final de su vida: “he perdido mi tiempo”. Todos estos sistemas metafísicos, estas ontologías y estas sicologías: novelas del alma, sueños. Nosotros nos damos cuenta de ello pero no tenemos nada que pudiéramos colocar en su lugar. “Usted ama la verdad —escribe Voltaire a la marquesa du Deffand—, pero que la agarre quien pueda. Yo la he buscado toda mi vida sin poderla encontrar. Yo no he percibido más que un vago destello que se la tomaba por ella”². Todo es incierto. Y ¿por qué maravillarnos? “Nadamos en la incertidumbre; no tenemos sino muy pocas ideas claras y eso tiene que ser así porque nosotros no somos más que animales de cinco pies y medio de estatura con un cerebro de aproximadamente cuatro pulgadas cúbicas”.





Patio principal del Colegio Louis-Le-Grand de los jesuitas, donde estudio Voltaire.

cas³, escribe él en una carta "sobre cuestiones metafísicas". Y, ¿qué es el hombre en comparación a este inmenso universo? "Un ser imperceptible", "una gota de agua en un inmenso océano"; "su existencia es un punto", "su duración un instante", el globo sobre el cual habita "un átomo"⁴. Ciertamente se puede llegar a resultados indiscutibles, sometiéndolo por ejemplo a la crítica los hechos que nos ha transmitido la historia. Lo mismo vale de las ciencias naturales, en las cuales el espíritu del hombre mide, calcula y pesa toda cosa y se cuida de adivinar aquello que esto sea. Es así como han procedido Galileo y Newton. "Newton no ha construido jamás un sistema; él ha observado, él ha hecho observar, pero él no ha colocado nunca sus imaginaciones en el lugar de la verdad. Lo que nos demuestran nuestros ojos y la matemática debe ser tenido por verdadero; en todo lo demás solo se puede decir: yo lo ignoro"⁵. "Newton ha calculado la gravedad pero él no ha descubierto la causa... poseemos las leyes del movimiento, pero la causa del movimiento, en cuanto a su primer principio, nos permanecerá para siempre oculta"⁶. O aún más: "se le ha dado nombre a ciertas facultades de nuestra alma: memoria, juicio, imaginación. Pero ¿qué son estas facultades en ellas mismas o cuál es su primer principio? Aquello que es el alma no lo sabremos nunca. Se nos ha dado la capacidad de ordenar, de desunir, de nombrar, de pesar, de medir, pero eso es todo lo que podemos hacer".

Por lo contrario, sucede de una manera completamente diferente en el conocimiento de las leyes morales. Han sido necesarios siglos para conocer una parte de las leyes de la naturaleza; un día le basta al sabio para conocer los deberes del hombre. Los filósofos tienen todos ideas diferentes sobre los principios de las cosas, pero ellos enseñan todos la misma consigna: Sócrates y Epicuro, Confucio y Cicerón, Marco Antonio y Amurad, de Zarathustra a Shaftesbury. Lo mismo vale también para las diferentes religiones. Los hombres han mantenido disputas sobre los dogmas, ellos se han hecho la guerra; unas naciones han sido destruidas por otras porque creían en Jesucristo y no en Mahoma. Se encuentra en la historia de las religiones las especies

más absurdas de supersticiones, los más diversos cultos, y sin embargo son siempre las mismas reivindicaciones morales las que han hecho valer los fundadores de religiones, trátase de Zarathustra, de mahoma o Jesucristo. Y esta moral no se encuentra ni en las supersticiones ni en las ceremonias religiosas, ella no tiene nada que ver con el dogma. Los dogmas difieren en cada religión, pero la moral es una y la misma en todos los que hacen uso de su razón. A pesar de todas las diferencias que uno puede constatar en las costumbres, los intereses en juego, las lenguas, las formas que revisten las leyes y los cultos, se encuentra en todas partes un fondo común, una ley que vale para todos los países y cuya evidencia reconocemos en nosotros mismos: la de la moral. En cada nación encontramos ritos religiosos particulares y con frecuencia bastante absurdos. Así mismo, los metafísicos y teólogos representan las opiniones más indignantes. Pero si se trata de saber si hay que actuar bien o mal todo el mundo está de acuerdo. Basta con que se obedezcan las reglas del derecho, jeso basta! Todo lo demás es arbitrariedad.

Existe pues una idea de lo que es justo o injusto que es independiente de todas las leyes, de todos los contratos, de toda religión. Ciertamente que puede ser difícil en ciertos casos establecer los límites entre aquello que es justo y aquello que es injusto, de la misma manera como es a menudo poco fácil entenderse sobre aquello que separa la enfermedad de la salud, el acuerdo del desacuerdo, lo verdadero de lo falso. Pero si existe ahí cierta confusión, no se trata sino de matices; los colores distintivos saltan a los ojos. No hay más que una sola moral, como no hay más que una sola geometría, y ella es la misma para todos los hombres que razonan. De la misma manera que la ley de la gravitación universal actúa para todos los astros, para toda la materia, la ley fundamental de la moral obra sobre todas las naciones que conocemos. Es posible que haya mil diferencias en las interpretaciones de esta ley en mil casos diversos, pero el principio permanece siempre idéntico y es la idea de lo que es justo y de lo que no lo es. Existe en nosotros un instinto que nos hace sentir lo que es justo, un sentido de la equidad común a todos los hombres; él



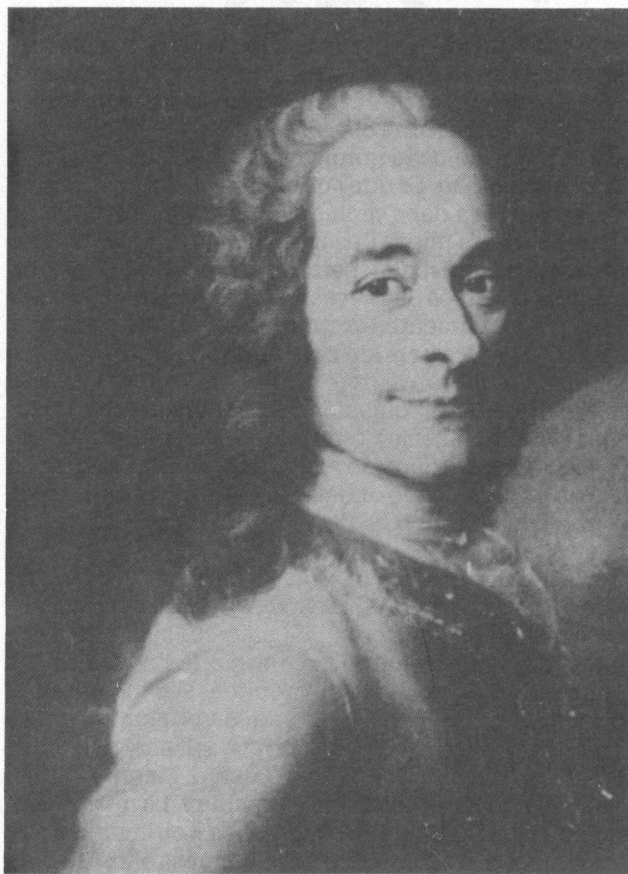
Voltaire a los 24 años de Edad. Oleo de Largillère.

existe por ley de la naturaleza que no proclama sino verdades ya grabadas en el corazón de todos los hombres y que no tiene nada de la arbitrariedad de las leyes políticas. Sucede a menudo, es cierto, que los hombres olvidan esta ley de la naturaleza, pero esto no prueba nada pues es natural que haya lisiados, paralíticos y enfermos. Los hombres han ahogado la voz de la naturaleza, ellos han agregado a las leyes de la naturaleza otras leyes; de ahí la falta de equidad de la cual dan testimonio sus legislaciones; y sin embargo, el ser eterno ha implantado el germen de la moral en cada hombre, de tal manera que él no tiene más que cultivarlo. Nosotros no podemos enajenar la naturaleza, nuestro juez está en nuestro corazón.

Son estas ideas morales las que constituyen los conocimientos necesarios a los hombres. Todos los otros conocimientos les son inútiles. Y la mejor prueba de ello es que los hombres no están de acuerdo en relación a ellas, que nosotros no sabemos decir nada preciso sobre ellas, que no las comprendemos, que ellas guardan su secreto. Aquello que no sirve en todo tiempo y lugar a los hombres no le sirve a nadie. Todo aquello que es objeto eterno de disputa será siempre inútil; lo más seguro "en todas estas dudas que se han planteado desde hace cuatro mil años en cuatro mil formas diferentes"... es no hacer nada en contra de la propia conciencia. "...En nuestra profunda ignorancia, procuremos por hacer lo mejor"⁽⁷⁾

Sólo las ideas morales nos pueden ayudar para conducir nuestra vida de tal manera que esté determinada por la coexistencia con los otros hombres. Es por ello por lo que sólo nos es necesario el conocimiento de las ideas morales, y por lo que todos los otros conocimientos deben estarle subordinados. Tomemos la historia

por ejemplo. No podemos pensar en reunir toda la documentación ni de aquello que no nos interesa directamente ni inclusive de aquello que nos importa. Solamente en relación con la historia de Francia existen por lo menos 20.000 obras que la tratan, la mayor parte de ellas en varios volúmenes. Un hombre estudioso, inclusive si viviera 100 años no tendría el tiempo para leerlos. Este inmenso amontonamiento de materiales que encontramos delante de nosotros es como un vasto arsenal en que nosotros buscamos aquello que nos parece útil. Para qué estudiar todos los detalles de las guerras que han sido transmitidos de una manera tan aburridora como falaz, todas las pequeñas transacciones que no fueron más que un vano engaño recíproco, todas las aventuras particulares que distraen la atención respecto de los grandes acontecimientos. Todos estos detalles que no conducen a nada son como el bagaje de un ejército: los impedimentos. La historia sigue un objetivo completamente diferente. Su utilidad consiste en permitirnos comparar las costumbres de nuestro país con aquellas de países extranjeros y de tiempos pasados para poder valorar mejormente las muestras en su justo valor. Se aprende de los errores de otros pueblos que han vivido hace tiempo, para no volverlos a repetir hoy en día, se trata aquí de una concepción pragmática de la historia que no enfoca lo pasado más que en busca de las enseñanzas que puedan extraer los contemporáneos para mejor conducir su vida.



Voltaire a los 41 años. Oleo de Quentin La Tour.



La filosofía misma debe volverse práctica y orientarse de acuerdo con la vida, según los valores morales. "Yo remito siempre, en la medida en que puedo, mi metafísica a la moral", escribe Voltaire al príncipe real de Prusia Federico Guillermo. Piénsese lo que se piense sobre lo que constituye la esencia del hombre, la pregunta que siempre se debe plantear de nuevo es la relativa al vicio y la virtud. La tarea de la filosofía es pues, al desarrollar sus puntos de vista absolutos, intervenir en la realidad viviente, trabajar para el bien de la sociedad y contribuir a la educación del espíritu humano. "La humanidad —agrega— es el principio de todos mis pensamientos"⁸.

Para Voltaire es pues el valor moral el que crea la unidad en la diversidad de los hechos transmitidos por la historia del espíritu humano. Ella aparece en todas partes y en cada una como un elemento objetivo determinante. Cada uno de nosotros es movido por un mismo principio, por una ley de la naturaleza que le prescribe cuales son las directrices que deberá seguir, cuál es su papel en el universo. Y es aquí donde aparece de la manera más clara la diferencia entre Voltaire y Montesquieu. Ciertamente que para Montesquieu también puede que exista una razón siempre igual a ella misma y que se expresa a través de toda la diversidad de la legislación, pero esta razón no es determinada por algo permanente; es en el hombre una facultad constructiva que no cesa de crear nuevas formas, una facultad que se diferencia de acuerdo con los casos particulares y cuyas reglas generales no pueden retener más que un carácter formal. Para Voltaire, por lo contrario, es necesario que

el hombre se repliegue sobre sí mismo y medite sobre los principios morales que le son innatos, para que su razón encuentre en sí una legalidad universal que domina todas las legislaciones particulares. Esta razón le hace ver la unidad de la humanidad en la ley moral, una unidad que se expresa en las opiniones de los sabios y en los resultados siempre semejantes entre sí de la reflexión de cada uno sobre sí mismo.

El reencuentra así una humanidad que forma por sus disposiciones naturales un todo, similar a la naturaleza, gobernado por las mismas leyes, pero en esta ocasión por leyes que provienen del orden moral. Estas leyes morales, en su universalidad, son reconocidas objetivamente por el estudio de la historia de los diferentes pueblos, religiones y sistemas filosóficos. Por todas partes se encuentra un fondo común en el desarrollo de la humanidad y como este fondo común, esto es, la idea moral, se encuentra en todo hombre en cuanto tal, también puede todo hombre hacerse conciente con toda la evidencia que tienen para él las exigencias morales asimilables a axiomas.

El valor moral es pues, de una parte, un dato objetivo, una ley natural, una idea armónica que uno se hace de la humanidad, y de otra parte, un dato subjetivo que todo hombre encuentra en sí cuando se repliega en sí mismo. Este valor está en la humanidad, de la misma manera que está en el corazón de cada hombre, y como cada hombre es capaz de sentirlo en sí de una manera evidente, él es capaz también de juzgar los diferentes datos que le ofrece el mundo según los principios universales de valor. El puede, si se esfuerza en pensar,



juzgar sin equivocarse sobre el valor de todo aquello que se le ofrece según el criterio que le da su propia conciencia de los valores.

Y es sobre todo en esto en que Voltaire se opone a Montesquieu. Si Montesquieu también piensa que el historiador puede y debe juzgar según su valor las diferentes formas de las leyes, su crítica varía siempre según los objetivos particulares que persiguen los diferentes organismos sociales; ella no parte de un punto de vista de valor determinado según el avance y dado de una manera evidente; ella diferencia, ella individualiza su juicio de valor según los casos particulares a los cuales se aplica. Alguna cosa pudo haber sido buena en el pasado y no serlo en el presente; una misma ley puede ser buena en un país y no serlo en otro. La crítica de Voltaire, por el contrario, parte de un punto de vista de valor universal, es la soberanía absoluta de la razón en la evaluación de los datos que se presentan a ellas. Si algo acontece o ha acontecido, nosotros sabemos qué debemos pensar.

El historiador Voltaire somete todo aquello que ha sucedido a su crítica, él enfoca el conjunto del desarro-

llo histórico desde un punto de vista absoluto de valor. El cuadro que el boceta de esta manera adquiere una iluminación muy especial. La historia —por lo menos la de la edad media y los tiempos modernos— no es para él más que una gran masa oscura que atraviesan aquí y allí algunos rayos de luz. El principio de esta oscuridad es la iglesia; ella es en la historia la gran masa amorfa.

En cuanto a lo que acontece en el mundo contemporáneo, sea cual sea el lugar y el momento en que esto suceda, para juzgarlo el hombre sólo necesita la voz de su conciencia. Sucede alguna cosa. Yo oigo decir que es una injusticia. Estoy indignado y esta indignación no es alguna cosa meramente personal, alguna cosa subjetiva. No, es la expresión de una conciencia del derecho más elevada y más general que aparece en mí. Es la indignación experimentada ante la violación de una ley de la naturaleza, delante de una cosa que no debería ser desde un punto de vista objetivo. Yo lo sé de acuerdo con el sentido moral común a todo hombre, en virtud del cual no hay una sola persona a quien yo no pueda hacer partícipe de mi indignación.

Y que no me vengan a decir: "¿qué le importa eso a usted?" "Todo lo que tiene que ver con el género humano nos debe interesar esencialmente", escribe Voltaire a la marquesa du Deffand, "porque nosotros pertenecemos al género humano. ¿No tiene usted una alma... no es usted una mujer? Si hay una providencia, ¿no vale ella igualmente para usted como para las más tontas gazmoñas de París? Si la mitad de Santo Domingo acaba de ser destruido, si Lisboa lo ha sido, no le puede suceder lo mismo a vuestro apartamento de San José?"⁹. Existe una solidaridad moral entre los hombres, precisamente porque los hombres son moralmente similares, porque existe en ellos un instinto moral y porque cada uno de ellos, en su conciencia universal de la equidad, puede experimentar la injusticia que se hace a otro, porque cada cual es herido en su propia conciencia moral por la injusticia que se hace a otro.

Y es a partir de este punto de vista que Voltaire revisa la historia de la humanidad. "Mi historia cotidiana es para mí —escribe a la marquesa du Deffand— la del género humano". Son los pensamientos de Federico el Grande, las reformas de Catalina II, "los turcos expulsados de Moldavia, de Besaravia, Dasoph, Derzeroum y de una parte del país de Medea"¹⁰. Son los crímenes cometidos por los tribunales, los procesos de Calas, de Sirven, del caballero de la Barre, de Lalli. El observa todo, él critica todo como un juez, y esta crítica se convierte en él más y más en revuelta, en indignación. Cuando su conciencia del derecho ha sido herida se transforma en pasión. "El entusiasmo razonable —escribe— es el aporte de los grandes poetas... este entusiasmo razonable es la perfección de su arte. Es lo que hizo creer antes que ellos estaban inspirados por los dioses"¹¹. Es la pasión despertada por el conocimiento de un acto contrario a la razón, por un absurdo, por una violación del derecho por la cual el hombre se siente ofendido, porque él es un "ser pensante" un ser dotado de razón. Una pasión que exige la destrucción de lo irracional, del absurdo, y que tiende a realizar en la vida lo que es conforme a la razón y al derecho. La pasión de la razón que ve como fundamento y como objetivo de la razón aquello que se concibe según la lógica del derecho, la pasión que sufre de una manera objetiva e impersonal, por aquello que en los casos concretos de la vida todos los días es contrario a la razón. Una pasión, en fin, de tal manera vulnerable a la injusticia que no puede impedirse intervenir en estos casos particulares, sea cual sea el lugar en donde se produzcan, según las leyes generales de una razón clara y segura de sí misma.

Y mientras más viejo y más solitario se hace Voltaire más crece esta pasión en él. "Me parece —escribe a la marquesa du Deffand— que la vida retirada hace las pasiones más vivas y más profundas. La vida de París dispersa todas las ideas; se olvida todo; uno se alegra un breve momento sobre todo en esta gran linterna mágica en donde todas las figuras pasan rápidamente como sombras; pero en la soledad uno se reafirma sobre sus sentimientos"¹². Uno no se deja distraer, uno se afirma, uno encuentra la unidad de su ser en una gran pasión. Y como él se concentra cada vez más en su pasión ella

toma una dirección cada vez clara. Es la lucha contra la iglesia lo que se convierte en la meta de su vida.

"Desde hace 17 siglos la secta cristiana no ha hecho más que mal", escribe a Federico II¹³. Después de Constantino no ha pasado un solo mes durante el cual las disputas teológicas no fueran funestas para el mundo. Por todas partes, desde la fundación del cristianismo, el mismo caos de partidos, revoluciones, crímenes; siempre las mismas masacres, por todas partes las mismas tragedias bajo mil nombres diferentes. Los filósofos, sea cual sea su país, sea cual sea la secta a la cual pertenecen, deben unirse a esta lucha contra la iglesia. Que por todas partes se eleven "manos invisibles para romper el fanatismo de un extremo al otro de Europa con las flechas de la verdad". ¡Que millares de plumas entren en acción, que cientos de miles de voces se hagan oír, que escritos anónimos pasen de mano en mano para combatir los abusos de la intolerancia! "Se han impreso en Holanda en los últimos dos años más de sesenta volúmenes contra la superstición", escribe¹⁴ "¿No ve usted que todo el norte está a nuestro favor y que tarde o temprano será necesario que los cobardes fanáticos del sur sean confundidos? La emperatriz de Rusia, el rey de Polonia..., el rey de Prusia, vencedor de la supersticiosa Austria, y muchos otros príncipes, enarbolan el estandarte de la filosofía. Desde hace doce años se lleva a cabo una perceptible revolución en los espíritus"¹⁵. "¡Coraje! El reino de Dios no está lejos: los espíritus se ilustran de un extremo al otro de Europa"¹⁶. Las luces se extienden por todos lados. Se prepara el reinado de la razón. Que los filósofos se unan entre ellos y serán los amos. "Os recomiendo el siglo que se está preparando"¹⁷. "Lamento morir antes de haber visto las premisas del bello reino que disfrutaremos"¹⁸, les dice a sus hermanos los filósofos, "No cesaré en mi empeño... lo que he emprendido solo dejaré de realizarlo con mi muerte"¹⁹. "Soy porfiado. Hasta mi último suspiro repetiré mi *caeterum censeo*: aplastar la infamia. Es una gran lucha, la lucha de todos los seres pensantes contra los seres no pensantes". "Todos los seres pensantes deben unirse tiernamente... contra los fanáticos y los hipócritas, igualmente perseguidores"²⁰. Deben formar un pueblo aparte. "Que los filósofos constituyan una fraternidad como los francmasones, que ellos se reúnan, que ellos se sostengan, que ellos sean fieles a la fraternidad"²¹. Voltaire piensa en fundar una colonia de filósofos en Cleves. Se tendría una pequeña imprenta clandestina que produciría obras cortas y útiles únicamente para los amigos de esta comunidad. Pero, y es esto lo que lo preocupa, no hay suficientes sabios, y no se entienden entre sí. Ellos no son ni suficientemente hábiles ni suficientemente esforzados, ni suficientemente amigos entre ellos.

"Cómo sois de tibios en París —escribe a D'Alambert—, colocáis la luz debajo de la mesa"²² "¡Cómo! Los monjes miserables no tendrían sino un mismo espíritu, un mismo corazón, ellos defenderán los intereses del convento hasta la muerte; y aquellos que esclarecen a los hombres no han de ser más que un rebaño disperso, en parte devorado por los lobos, en parte dándose dentelladas los unos a los otros"²³. "Lo que más me preocupa, escribe aún, es que los pedantes, los fanáticos,

los bribones, se han unido, mientras los buenos hombres están dispersos, aislados, tibios, indiferentes, no pensando más que en su pequeño bienestar"²⁴. ¡Ellos quizás ignoran la amistad misma! ¿Cómo es que la filosofía no nos une, no nos adiestra? "¿Por qué fatalidad ha sido posible que tanta cantidad de fanáticos imbéciles hayan fundado sectas de locos y que tantos espíritus superiores apenas hayan logrado fundar una pequeña escuela de la razón? Quizás es porque son sabios; les falta el entusiasmo, la actividad. Todos los filósofos son muy tibios; ellos se contentan con reirse de los errores de los hombres en lugar de destruirlos.

Tal es el caso de Diderot en París. El se complace con la riqueza de su espíritu, con las formas múltiples que toma la vida. El ama las conversaciones en las que los pensamientos cosquillean y se entrecruzan sin objetivo. El es atraído por los originales, por el sobrino de Rameau; él piensa en un país lejano como Tahití donde todo es diferente a lo nuestro y se ocupa gustosamente con cuestiones morales que permiten defender el pro y el contra. Tal es igualmente el caso de D'Alambert. "Señor Proteo, señor multiforme", le escribe Voltaire, "sois un gran pensador y un gran maestro de escena, pero no basta con mostrar que se tiene más espíritu que los otros. Prestad algún servicio al género humano"²⁵. Y ¿no debe enrojecer uno cuando se es hombre de no hacer sonar las campanas a rebato contra los enemigos de la humanidad? "Usted es responsable ante la razón por vuestro tiempo"²⁶. "Yo quisiera servir bien a la razón —le responde D'Alambert— pero deseo aún más estar tranquilo. Los hombres no valen la pena que uno se toma para esclarecerlos"²⁷. Y en otra carta relativa a la polémica entre Rousseau y Hume lleva la indignación de su amigo al máximo diciendo: "por mí reiría como lo hago sobre todo"²⁸. "No una vez más" —le responde Voltaire—, "yo no puedo aceptar que usted concluya su carta con las palabras: yo reiría. ¡Ah! mi amigo, ¿es que es tiempo para reirse?"²⁹. No basta con despreciar la superstición, es necesario tener horror de ella, destruirla. "Reid sobre mí", pero "en medio de toda vuestra alegría asumid siempre la tarea de aplastar la infamia; nuestra principal ocupación en esta vida debe ser combatir este monstruo. Yo no os pido más que cinco o seis ocurrencias por día, eso será suficiente; no aguantará... y los sabios triunfarán"³⁰. Es un don preciso este de saber ridiculizar algo y es necesario cultivarlo cuidadosamente. El ridículo es el punto de apoyo que permite hacer salir a cada uno de sus goznes, son punzadas bien agudas. "El ridículo termina con todo, él es la más fuerte de las armas y nadie lo maneja mejor que vosotros", escribe Voltaire a D'Alambert. "Si vos no aplastáis la infamia habréis traicionado vuestra vocación"³¹.

Y también es el caso en París de la Marquesa du Deffand, que no detesta sino a los hombres que la aburren. "Yo veo que vos no odiáis sino a aquellos que os aburren", le escribe. "Pero ¿porque no odiáis también a aquellos que os quieren engañar y dominar? ¿No son ellos cien veces más aburridores que todos los discursos académicos? ¿No es este un crimen que debéis castigar?"³⁴. O bien es el caso de Madame D'Epinay que busca encontrar siempre nuevas maneras de concebir aquello que ella ya conoce, que mantiene curiosa por



Federico II de Prusia, por Antoine Pesne.

conocer nuevas gentes, en la esperanza de descubrir pensadores originales —un Juan Jacobo Rousseau, por ejemplo y que ama la conversación. La conversación debe servir de medio de combate, le escribe Voltaire. "Una docena de hombres cultivados que se hacen escuchar produce más bien que cien volúmenes; sólo pocos leen pero todo el mundo conversa y lo verdadero causa impresión"³⁵.

"Vamos pues, bravo Diderot, intrépido D'Alambert, reunios con mi querido Damilaville", formad "un cuerpo de valientes caballeros, defensores de la verdad". Destruid las declamaciones vacuas, los sofismas miserables, las falsedades históricas, las contradicciones, los absurdos sin número. Impedid que los hombres de buen entendimiento sean los esclavos de aquellos que no lo tienen: la generación que nace os deberá su razón y su libertad"³⁶. "Ah, mis filósofos, sería necesario marchar hombro a hombro como la falange macedónica: ella no fue vencida sino cuando combatió dispersa"³⁷. "Los misioneros viajan por la tierra y los mares, será necesario al menos que los filósofos vayan por las calles, que vayan a sembrar el buen grano de casa en casa"³⁸ y que griten a las gentes: ¡aplastad la infamia! Monstruos perseguidores, que se me den solamente siete u ocho personas que yo pueda conducir y os exterminaría"³⁹. "Cinco o seis personas de vuestro temple —escribe a D'Alambert— bastarían para hacer temblar la infamia y esclarecer al mundo"⁴⁰. Derribemos el coloso. Temprano o tarde debe triunfar la razón. Yo ya no veré este bello cambio, pero vosotros veréis por lo menos los inicios"⁴¹. El reino de la razón se prepara, la iglesia de la sabiduría, en la cual los filósofos serán los preceptores del género humano. "Sólo depende de vosotros el hacer acercar estos bellos días y hacer madurar las frutos de los árboles que habéis plantado"⁴².

La crítica dialéctica y la prueba por el absurdo

El espíritu sutil del siglo XVIII encuentra en Voltaire su forma dialéctica. Es la movilidad dialéctica del espíritu, el examen de una serie complicada y confusa de pensamientos, de un sistema, el agrupamiento en forma contradictoria de diferentes soluciones posibles de un problema, el recurso a los ejemplos, a hechos concretos para refutar las opiniones corrientes. Voltaire hace concreto, palpable, lo que es abstracto, al descomponerlo; él remite todo lo que es pensamiento puro, todo lo que es lejano, a algo viviente e inmediato. El agota todo lo que puede inventar para dar color a los pensamientos y hacerlos convincentes.

Diderot, por el contrario, busca nuevos pensamientos; él quiere mostrar como se pueden representar las cosas de un modo completamente diferente a como se lo hace generalmente. Una opinión tan determinada no es de ningún modo tan loca como parece. Puede ser que una paradoja sea indefendible, pero qué alegría nos ha procurado, qué pensamientos nuevos e interesantes se nos han ocurrido al ensayar defenderla, ¿no es ello más valioso que haber dicho una cosa razonable?

Lo que nos alegra es justamente el ir y venir de las ideas que pronto se unen y pronto se separan. Es este constante flujo y reflujo del pensamiento. En Voltaire por lo contrario uno se encuentra siempre la monotonía de un pensamiento dominante, y toda la multiplicidad de medios dialécticos sólo sirven para hacer valer este pensamiento.

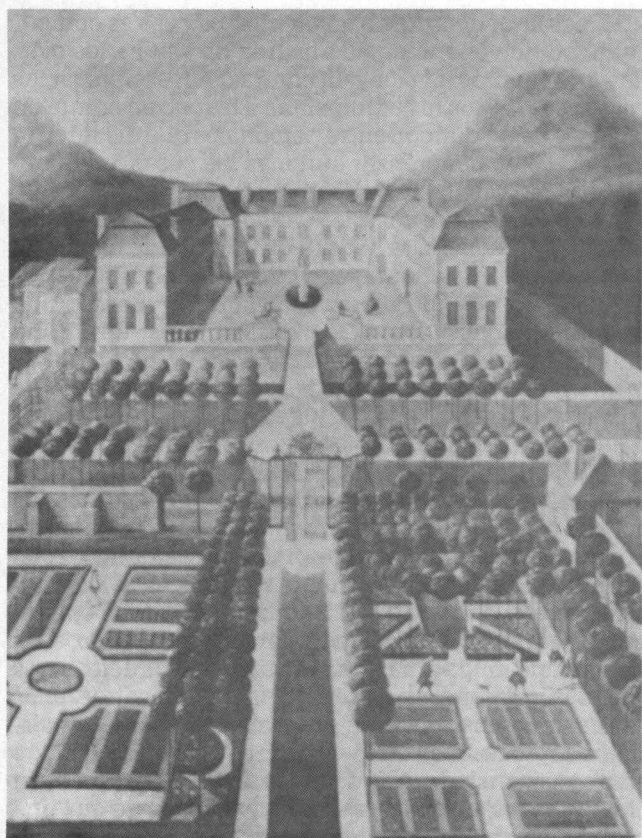
Nos encontramos por ejemplo frente a una argumentación bien dirigida; cada frase se sostiene y encadena a la que le precede, aproximándose cada vez más al asunto. Se trata de ser lo más económico posible en palabras para que la argumentación se mantenga y es entonces cuando comienza el juego. Son innumerables los hechos concretos que se nos pueden ocurrir para confirmar o refutar una afirmación. La afirmación en su generalidad contiene por su naturaleza una gran cantidad de hechos singulares; ella exige ser justificada en relación a todo aquello que se presenta de particular en el mundo y en la vida. Ella debe enfrentar toda la abundancia de la vida, tal y como ella se ha desarrollado en el presente y tal como ella se ha desarrollado en la historia. Lo que se nos ocurre proviene de ella, pero la argumentación puede concretizarse más. Imaginémos al hombre que ha hecho esta afirmación en todas las situaciones posibles en las que los hechos no le dan la razón.

Desde el punto de vista lógico y objetivo la afirmación era absurda, esto resulta de una argumentación clara y precisa. Se aprende enseguida, en la confrontación con los hechos de la vida cotidiana, cuán insensata era. Ella llega a ser ridícula cuando el héroe de un cuento la mantiene en los momentos de su vida en donde todo lo que sucede le prueba en forma evidente lo contrario de lo que afirma. El termina por no creer él mismo y es esto lo que provoca indignación. Pero imaginad que sucede cuando esta afirmación es un dogma de la iglesia. Millares de hombres le serán sacrificados. Es por ello que es necesario comatirla: aplastad la infamia.

Hémos aquí delante de una teoría. La cosa es complicada. Lo que ella tiene de absurdo no salta a los ojos, hay argumentos a favor y en contra. Para esclarecer las cosas ordenamos los argumentos a favor o en contra en la forma de un diálogo entre personajes que discuten la teoría. Y para concretizar aún más las cosas, imaginémos que aquel que defiende la teoría sea un filósofo y el otro un hombre completamente ingenuo que viene de lejos. ¿Cuál sería la actitud de un hombre absolutamente simple y natural, desprovisto de todos nuestros prejuicios, ante una teoría semejante? Y en seguida representémos los dos interlocutores ante una determinada situación que habla a favor o en contra de la teoría, sirviendo la vida misma de argumento. La teoría se expone en aquello que se puede afirmar a favor o en contra, lo que toma una forma dramática. Puede que sólo intervengan dos personas, puede haber también varios representantes de diferentes puntos de vista. Lo que pertenecía únicamente al dominio del pensamiento se hace visible, viviente, dramático. Todo aquello que solamente pertenecía al pasado, al desarrollo histórico, despierta y se hace inmediato; las opiniones de los hombres revisten un carácter dramático; ellas forman una unidad dialéctica antitética. Los defensores de estas opiniones discuten delante de nosotros, ellos se vuelven a nosotros para saber lo que pensamos; asistimos al proceso mismo del pensamiento en su diálogo vivo consigo mismo. Y si después de ello llegamos a ver claro y a estar profundamente convencidos de que una cierta afirmación es absurda mientras que aquellos que la defienden pretenden erigirse en autoridad e imponer su opinión a los otros, la pasión se apodera de nosotros, el odio contra esta opinión y sus representantes, y toda nuestra capacidad de invención intelectual es puesta al servicio de este odio.

Presupongamos que se trata de la doctrina de la predestinación. Para mostrar su carácter absurdo tomemos un ejemplo. El sultán de Marruecos tenía 500 hijos. Los reunió alrededor de su mesa y dijo: "Yo, Muley Ismael, os he engendrado para mi gloria, pues estoy muy ávido de gloria. Os amó a todos muy tiernamente, así que he decidido lo siguiente: uno de mis hijos tendrá el reino de Tafillet, otro el de Marruecos. En cuanto a los cuatrocientos noventa y ocho hijos, he decidido que la mitad de entre ellos sufrirá el suplicio de la rueda y que la otra mitad será quemada. Pues yo soy el Muley Ismael". Y es una cosa del mismo género la que enseñan los Janseistas, los Molinistas y las otras sectas. Es de esta manera que Voltaire muestra, por analogía, el carácter absurdo de una teoría. ¿Qué diría uno si un hombre cometiera una acción semejante? ¿Es que Dios puede permitirlo? ¿Si alguien dijera una cosa semejante, no lo consideraríais un demente? ¿Y sin embargo hay miles que os dicen cosas semejantes y os las imponen, los Jansenistas, los Molinistas y las otras sectas. ¿Cuándo terminarán de perturbar la paz de la tierra por medio de tales absurdos?

Se muestra por medio de analogías, el apoyo de casos concretos, cuán absurda es la teoría. Los hechos se agrupan para llevar al máximo la emoción. Es realmente más que ridículo pretender cosa parecida. Y sin embargo hay hombres que continúan haciéndolo. El



Castillo de Cirey, en Champagne, Residencia de Mme. de Châtelet y de Voltaire a finales de los años 30.

ridículo se transforma ahora en desprecio. ¿Es necesario ser insensato para obstinarse de esta manera? ¡Y cuando estos insensatos llevan el atrevimiento hasta perseguir a las gentes razonables que quieren pensar, entonces este desprecio se hace indignación! Las ideas se acumulan, se colocan la una sobre la otra; una alusión se desliza sobre una frase; tal detalle, tal nombre no es más que un desvío, una pausa, una broma en cierto sentido, para volver al asalto. Se marcha de triunfo en triunfo para finalmente provocar la indignación o una piedad que desprecia. Todo puede servir como medio de combate: ejemplos tomados de la historia, de la vida cotidiana. Se coloca a alguien en un país extraño; se lo deja a él discutir sobre la religión de ese país, mientras en realidad se tiene en mente la religión del propio país. Se inventan relatos enteros. Los acontecimientos se acumulan. Ellos enredan a los defensores de una opinión en situaciones más y más ridículas en las cuales se ve lo que vale esta opinión. Y después son parábolas, alusiones de todo género, sátiras, epigramas.

Y de una manera aún más concreta el teatro, la tragedia, iluminan, bajo los colores más crudos, todo lo que tiene de miserable el fanatismo en sus consecuencias trágicas. "Aplastad la infamia" toma las formas más diversas. Una imaginación desbordante crea todas las formas de posibles confrontaciones, comparaciones audaces e inesperadas, anotaciones apenas bocetadas, aproximaciones, transacciones de una idea a otra, todo ello regido por la misma pasión.

Y de la misma manera que las teorías se iluminan, así como ellas se organizan en el curso de esta crítica dialéctica, así como entran en contacto con la vida pierden su rigidez, su carácter extraño; se hacen accesibles a la discusión. Se ve claramente lo que ellas expresan, se puede hacer una representación concreta de ellas cuando se las relaciona con la propia vida. He ahí un sistema. Se trata sobre todo de hacer comprensible cada uno de sus argumentos de manera que se pueda discutir. ¿Qué dice por ejemplo Spinoza? Dios es todo. Spinoza no separa pues a Dios del gran todo, que los otros consideran como debiendo su existencia a Dios. Es una opinión que permite la discusión ¿Qué se debe pensar? Es una respuesta a una pregunta que nosotros mismos podemos plantear. Un Dios y un mundo. ¿En qué relación se encuentra él junto con Dios? hay otras soluciones al problema. Hagamos discutir entre ellos a los representantes de las diferentes opiniones. Los resultados a los cuales ha llegado el pensamiento en la historia pueden ser comprendidos por medio de la dialéctica y ser sometidos a un orden dialéctico al examinarlos bajo el punto de vista de una pregunta que todo el mundo puede comprender, que es planteada a todo el mundo. Los sistemas filosóficos no son ya enigmáticos, son respuestas dadas a preguntas que se plantea todo hombre. Se trata solamente de que se los planteé claramente y entonces las teorías filosóficas se vincularán ellas mismas y se podrá tomar posición en relación con ello. Tomemos por ejemplo la crítica que hace Voltaire del optimismo. ¿De dónde viene el mal en el mundo? Tal es la cuestión que se plantea. Voltaire comienza por mostrar a los hombres todas las miserias de la existencia. Enfermedad, muerte, guerra, miles de personas masacradas en nombre de un dogma absurdo o porque dos príncipes no pueden entenderse entre sí. ¿De dónde viene todo esto? ¿De dónde viene toda esta miseria en el mundo? Preguntémoslos. Un ateo, un maniqueo, un pagano, un judío, un turco, un deísta nos da la respuesta.

Y luego aparece un discípulo de Leibniz que querrá borrar el mal de este mundo. El dice: todo está bien. Entonces se le preguntará qué quiere decir eso. ¿Quiere decir que todo está dispuesto y ordenado según leyes mecánicas? Esto se entiende ¿Quiere decir que todo mundo está feliz, que todo el mundo tiene lo que necesita para vivir, que nadie sufre? Todo el mundo sabe que esto es falso ¿Quiere decir eso que la miseria que reina en este mundo es buena a los ojos de Dios y que Dios se alegra de ella? Nadie creará una monstruosidad semejante. ¿Qué es entonces lo que eso quiere decir? Todo está lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles. ¡Que teoría curiosa! Que un lúculo, que nada en el lujo y cena rodeado de sus amigos lo diga, se comprende. Pero basta con hechar una mirada por la ventana para contemplar los miserables y los desgraciados. Un discípulo de Pope nos dirá quizás entonces que el bien público está hecho precisamente de los males particulares. ¡Curioso bien que decansa en todos los sufrimientos, en los crímenes, en la muerte, en la maldición! O bien un discípulo de Shaftesbury os dirá: no esperaréis que Dios cambie sus leyes eternas por un ser tan minúsculo como el hombre. Pero se concederá al menos que este ser minúsculo tenga el derecho de proferir por lo menos un



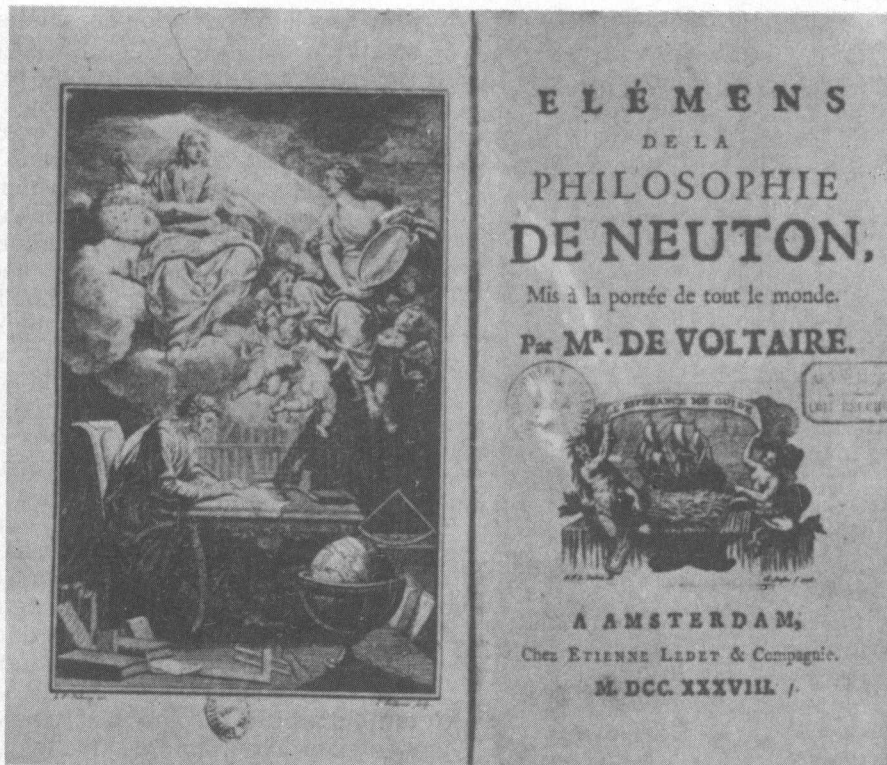
Madame du Châtelet. Oleo de Quentin La Tour.

pequeño suspiro y mientras gime de esta manera ensaye comprender por qué las leyes eternas no han sido hechas para el bien de cada individuo.

Entonces dirá todo el mundo: no es verdadero lo que nos dicen los filósofos. Se trata aquí de una cuestión que me incumbe y que tiene su valor. Y es por ello por lo que, partiendo de mi propia experiencia, basándome en las reflexiones que yo hago sobre mí mismo, yo sé que no tienen razón al decir que todo está bien. Por otra parte, ¿eran felices ellos mismos? ¿Un Shaftesbury o un Pope, por ejemplo? Su propia vida les demuestra lo contrario. Yo me represento la vida de un hombre de este tipo, un discípulo de uno de estos filósofos optimistas. La historia de *Cándido*. El es expulsado de su castillo, cae en las manos de un comando búlgaro de reclutamiento, quiere desertar, es fustigado, llega sin un céntimo a Amsterdam, mendiga, es amenazado de ser llevado a prisión, se refugia en un barco que naufraga, sobrevive al naufragio, llega a Lisboa, sobreviene el terremoto de Lisboa. Por todas partes la más terrible miseria. Es llevado como hereje al tribunal de la inquisición. Logra huir de nuevo, adquiere riquezas, le roban todo, finalmente es llevado a Constantinopla donde vive en medio de toda la miseria y todo el desorden del estado turco. Y ante cada cosa que le acontece continua diciendo: "todo tiene una razón suficiente, la desgracia de unos sirve al bienestar de todos, todo acontece de la mejor manera en el mejor de los mundos posibles". Y el lector se dirá: "charlatanes quienes pretenden semejantes absurdos. El hombre es un ser miserable. Algunas horas de descanso, algunos minutos de contento, y el

resto una larga serie de penas, tal es la corta vida del hombre".

Cándido nos da un ejemplo de la manera como procede la reflexión crítica en Voltaire. Y al mismo tiempo nos muestra cómo puede darse cuenta cada uno de lo que una teoría contiene de verdad, sirviéndose de sus propias reflexiones y de su experiencia vital. Desde el momento en que nos enfrentamos a una teoría filosófica debemos intentar comprender la cuestión fundamental de que trata. Tiene que ser una cuestión humana, una cuestión que se plantean los hombres, porque de lo contrario la teoría no valdría nada. Y desde el momento en que se trata de una cuestión que se pueden plantear los hombres ella es nuestra, ella concierne a nuestra vida. Entonces podemos confrontar a los filósofos con la vida tal como nosotros la vivimos y ver qué respuesta nos dan. Se tratará de asir de una manera concreta, palpable, los hechos particulares de la vida que contradicen la teoría, será necesario imaginar casos probatorios y llevar toda la argumentación gradualmente a su punto culminante. Los filósofos hablan del dolor. Y en la noción abstracta "dolor" hacen entrar todos los males que los hombres sufren o han sufrido; si entonces dicen que todo acontece de la mejor manera les contamos los dolores que todos experimentamos, hasta que se sientan culpables. Y como ellos mismos son hombres y sienten el dolor como los otros, nos los imaginaremos a través de todas las miserias de la vida y mostraremos el ridículo que conlleva pues el continuar diciendo que todo acontece de la mejor manera. Es el ridículo que nace de la contradicción entre lo que uno piensa y los hechos concretos, los casos innegables que se presentan aquí y allá, es la ironía que tiene el hablar del mejor de los mundos posibles ante la miseria de la vida; es la vanidad de todas las afirmaciones de orden general sobre la vida, cuando se las contrasta con la vida misma. Y como en todas las teorías hay algo de humano, como los problemas que se plantean los filósofos sobre la vida y sobre el mundo son también los nuestros, como cada uno de nosotros está ansioso de saber lo que es el alma, lo que es la vida, lo que es la muerte con relación a nosotros mismos, en pocas palabras, como somos seres pensantes podemos juzgar por nosotros mismos si los filósofos han respondido o no a nuestras preguntas. Se trata aquí de la libertad de crítica que adquiere cada uno frente a aquello que dicen o han dicho los otros cuando, basándose en su propia vida y recurriendo a su propia razón, sigue el método dialéctico. Cada uno tiene pues en sí mismo la facultad de meditar sobre un problema, de plantear preguntas, de emitir juicios. Cada uno debe "tanto en relación con los libros como con los hombres, escoger los más razonables, examinarlos y no rendirse sino a la evidencia"⁴³. Basta para ello que tenga el coraje de pensar por sí mismo, entonces le será dado aquello que todos también comparten con él: la vida humana, el pensamiento. Todo hombre se reconocerá en la abundancia de opiniones contradictorias. El no necesita ya aceptar nada sin haber reflexionado. Es necesario mantener toda nuestra libertad de juicio ante lo que se nos enseña, no tener prejuicios, en una palabra, debemos ser hombres ilustrados.



La ignorancia de los primeros principios

Es de este modo que Voltaire prepara la actitud crítica de los hombres de la revolución francesa. Nos ha enseñado a pensar, dice Rabaut-Saint-Etienne hablando de él. Uno no quiere dejarse engañar más. Todo lo que nos ha transmitido la tradición debe ser examinado. Servios de vuestros propios ojos para ver, pensad por vosotros mismos. Se os habla por ejemplo desde hace siglos del Tercer Estado. Representaos el Tercer Estado. Son los campesinos en sus campos, los artesanos en sus talleres, los sabios con sus libros, son los veinte millones de hombres que trabajan al lado de doscientos mil miembros del clero o la nobleza que no trabajan. Cómo se puede continuar diciendo que la nación se compone de tres Estados. El Tercer Estado tomado él sólo es ya la nación. Reflexionad sobre lo que son propiamente los aristócratas. ¿Es que han venido al mundo de otra manera que vosotros? Vuestros sacerdotes os enseñan que todos los hombres son hermanos y al mismo tiempo os hablan de diferentes estamentos. ¿No veís por vosotros mismos que se os engaña? Así como Montequieu enseña a los estadistas de la revolución francesa cuales son las medidas legislativas que es necesario tomar para asegurar la libertad de los ciudadanos, Voltaire enseña a los franceses de 1789 a asumir una actitud crítica frente a la tradición, a hacer uso del arma aniquiladora que es la dialéctica. El les muestra de qué manera se debe proceder para concretizar un dato abstracto, les explica de qué modo sólo basta con mirar alrededor, interrogarse sobre las cosas. ¿Es verdaderamente así? Se habla de los aristócratas, del clero. Cada uno de nosotros conoce alguno de ellos. Pero, ¿qué clase de criaturas son? El les enseña a descubrir las contradic-

ciones, ¿qué dice nuestro catecismo y qué sucede realmente en la vida?

Es la apelación a la autonomía del pensamiento de cada uno. Confiad en vuestro razonamiento, substituíd siempre las afirmaciones imprecisas o generales por lo concreto y definido. Entregaos a la alegría del análisis dialéctico, del seguimiento de un razonamiento hasta sus últimas consecuencias. ¡Cómo todo se hace claro en la actualidad! ¡Cómo se revelan de ridículos esos fanáticos con sus máximas de sabiduría! ¡Cómo es de fácil para nosotros probar todo el absurdo de sus enseñanzas y cómo nos percibimos ahora embarazados para respondernos. Ellos querían dominar con sus enseñanzas, nos querían inculcar profundamente sus prejuicios con el fin de tomar posesión de nosotros. Pero nos encontramos en el siglo de las luces y el reino de la razón ha llegado. El fárrago absurdo y embustero que habían acumulado será reemplazado por un todo armónico construido según los principios del derecho, claros y conformes a la razón. Ha llegado el momento en el que la razón, que partía de lo negativo en Voltaire, llega a ser constructiva.

Se entiende que Voltaire no presupone que cualquier individuo está en condiciones de remplazar por algo mejor aquello que han pensado los otros. Cada cual puede decir: esta idea que se ha hecho de Dios es absurda, pero no puedo decir qué es Dios. No le está dado a todo el mundo el ser filósofo, si se entiende por ello que sea capaz de dar cuenta de lo que es el mundo. Es un asunto sobre el cual los hombres nunca se pondrán de acuerdo. Pero cada cual puede ser un hombre esclarecido y sin prejuicios. Es algo que nadie impugnará. Esta facultad crítica es el elemento fundamental y característico de la razón humana y que compartimos

todos. El parentesco entre la manera de ver de Voltaire y de Bayle es claro. También para Bayle es la crítica, la crítica destructiva, la facultad propia de la razón humana. Pero en Bayle la razón se vuelve contra sí misma y, reconociendo su propia debilidad, conduce a los hombres a la fé. En Voltaire, por el contrario, es la razón que se alza contra todo lo que hay de irrazonable, de extraño a la razón, en las opiniones de los hombres. Ciertamente que la razón tiene sus límites, pero ella no se suprime. La facultad crítica es algo muy positivo en el hombre. Es la alegría de estar libre de prejuicios, de saber que la razón es soberana en todo hombre. En esta negación, en este rehusarse a aceptar lo que no está claro, se encuentra eso que es común en todos los hombres, sean cuales sean las diferencias que se puedan dar entre sus ideas positivas. Sea usted deísta o ateo, puede hacer causa común en la lucha contra la superstición.

Desde Brahma y Zarathustra hasta nuestros días, cada filósofo ha construido su sistema. Un caos de ideas en el cual nadie se orienta. Los pocos sabios de este mundo han tenido éxito en demoler estos castillos de aire, pero no han podido jamás construir un castillo habitable. La razón nos conduce a ver aquello que no es pero no aquello que es. "Yo soy el gran demolidor", escribe Voltaire a la Marquesa du Deffand⁴⁴. "Mis filósofos —escribe a D'Alambert— son hombres honestos que no tienen principios fijos sobre la naturaleza de las cosas, que no saben nada sobre lo que es, pero que saben muy bien lo que es"⁴⁵.

Encontramos en Voltaire de una parte una seguridad infalible en la negación, la pasión por demoler, y de otra, una cierta ironía escéptica ante la afirmación. ¿Qué se debe aceptar o rechazar como dato positivo? Seamos tolerantes, sepamos reconocer los límites del espíritu humano. Nosotros nos topamos en todas partes con nuestros límites. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué hay criaturas? ¿Qué es el pensamiento? ¿Y en dónde se encuentra? Las ideas nos cruzan sin orden por la cabeza. No soy yo mismo quien las ha producido, de eso estoy seguro. Pero ¿quién las ha formado en mí? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? Espectros fugitivos, ¿cuál es la mano invisible que os hace nacer y enseguida os deja desaparecer? "Somos puras máquinas —escribe a la Marquesa du Deffand—, sentimientos, pasiones, gustos, talentos, maneras de pensar, de hablar, de marchar, todos nos acontece yo no sé como. Todo es como las ideas que tenemos en un sueño; ellas nos llegan sin que nos esforcemos"⁴⁶. ¿De qué época hablo yo? No la puedo definir. ¿De dónde viene el mal en el mundo y por qué existe él? ¿Cómo describir el caos inextricable de ideas que despiertan estas preguntas?

Hay dos pensadores que nos han enseñado verdaderamente algo, y ellos son Newton y Locke. Newton, cuando calcula la fuerza de gravedad sin preguntarse lo que ella es, y Locke, cuando se limita a mostrar el funcionamiento y los límites del espíritu humano y se rehusa a suponer lo que es cuestionable. La imagen astronómica del cosmos en su legalidad, tal como la ve Newton, es para Voltaire el único dato, aunque no se pueda decir que son la materia y el movimiento. Millones de soles, billones de mundos iluminan la bóveda celeste. Júpiter y Saturno cruzan espacios ilimitados,

sólo una parte de este universo es accesible a las miradas del hombre. Nosotros podemos calcular el lugar que ocupan las estrellas en el espacio y la distancia a la cual se encuentran ellas de la tierra. Si un habitante de Saturno pudiera venir a nuestra tierra se maravillaría de percibir con qué exactitud hemos sabido medir la distancia que separa el planeta que él habita del nuestro, y al mismo tiempo se burlaría de todas nuestras teorías metafísicas sobre la naturaleza del alma y de la materia. El hombre sobre uno de los planetas de este inmenso universo pululante de estrellas, un piñón de la máquina infinita, disputa con otros hombres en su hormiguero durante el espacio de una jornada mientras el universo continúa su curso de acuerdo con leyes eternas e invariables a las cuales obedece también el átomo que designamos con el nombre de la tierra. ¿No son ridículos estos hombres infinitamente pequeños con su orgullo casi ilimitado, orgullo que los lleva a desear saberlo todo? En el mejor de los casos pueden confesar que tiene que haber en el mundo una razón que es infinitamente superior a la suya propia. Pues sería insensato no reconocer que una gran inteligencia preside los destinos del mundo cuando se tiene en sí mismo una tan pequeña. Todo en la naturaleza es un producto del arte, ¡las montañas y los mares, la estructura de un insecto, de una brizna de paja, todas ellas obras maestras! La naturaleza no es otra cosa que un arte poco conocido. Todo es arte. Se habla de naturaleza y sin embargo no es otra que arte. Es necesario que haya un gran artista en el mundo que se comprende a sí mismo y que nos hace ver su obra de arte, un ser que crea según un objetivo premeditado. El hombre mismo no puede ver de este gran todo teleológico más que algunos átomos que lo rodean y el no vive sino algunos instantes sobre uno de ellos. ¿Cómo podría ser capaz de concebir este todo si el no es más que una parte minúscula? Si Dios reuniera a todos los filósofos a su alrededor ellos verían bien que no han adivinado su arte. ¿Qué es lo que quieren todas esas gentes que fabrican mundos? ¿Un Descartes, por ejemplo? El curso del universo es independiente de nuestro pensamiento. Hemos adquirido todo lo que es necesario a nuestra vida: la razón, el instinto, la facultad de movernos, de reproducirnos, sin que Dios nos haya enseñado nunca cual es el principio de todo ello. Y sin embargo, no puede haber ninguna verdad esencial a nosotros que nos permanezca oculta. Eso sería absurdo, sería blasfemar de Dios y de la Humanidad admitir eso. La infelicidad o la felicidad de los hombres no pueden depender de algunos argumentos que las nueve décimas partes de los hombres no pueden entender. La inteligencia no le ha sido dada a los hombres para que ellos aprenan la esencia de las cosas sino para permitirles actuar bien. Todo lo que nos resta es plegarnos a las leyes de la naturaleza que hacen marchar el mundo, trabajar y actuar en nuestra vida sin plantear demasiadas preguntas. Cultivemos nuestro jardín, todo lo demás no tiene mucha importancia.

Se encuentra en Voltaire de un lado una conciencia de sí, soberana en la crítica, y del otro lado, una actitud resignada frente a las posibilidades de conocimiento que pueda adquirir el hombre en relación con el universo. Limitémonos a vivir y a trabajar, diciéndonos a



D'Alembert, por Quentin La Tour

nosotros mismos que nos encontramos integrados a un todo inmenso e inconmensurable que no podemos comprender. Pero este gran todo imposible de comprender y para siempre incomprensible no lo asusta, como fue el caso de Pascal. Es una gran obra de arte de la cual hacemos parte. En cuanto a comprenderla, no sabríamos. Pero nosotros nos encontramos allí, vivimos y eso nos debe bastar. No nos queda más que actuar. ¡Qué ser extraño que es el hombre con su orgullo desmesurado que lo lleva continuamente a querer sobrepasar sus límites!

La ironía de Voltaire no cesa de ser provocada por el contraste que existe entre el hombre minúsculo y sus pensamientos presuntuosos. ¿Qué es lo que pasa con este pigmeo que pretende ser un titán en el campo del pensamiento? Estar expuesto a todas las miserias de esta vida, venir al mundo débil y desarmado, haber sido joven y no haber visto nada durante la cuarta parte de su existencia, y después envejecer con todas las enfermedades de la vejez, tal es la suerte del hombre. Y mientras nos ocupamos en el fondo más con lo que se refiere a nuestra persona que con todo lo demás, no cesamos de blandir grandes pensamientos. De una parte, la miseria de la condición humana, de otra, los grandes pensamientos, el cielo estrellado en su legalidad invariable, la eternidad cuyo secreto intenta sorprender el hombre durante el corto instante que dura su corta existencia inestable. Y puesto que somos todos débiles, sujetos al error y expuestos a las fluctuaciones de la suerte, nos debemos perdonar mutuamente nuestras tonterías, ser tolerantes los unos con los otros. Tal es la primera ley de la naturaleza. Lo que resulta indignante es que un hombre pretenda saberlo todo y quiera forzar a los otros a creer aquello que él mismo no puede saber, que los hombres no puedan pasar su corta vida sin hacerse la guerra, que se masacren recíprocamente a causa de algo que ninguno de entre ellos conoce bien ni tiene necesidad de saber. Todas estas miserables disputas teológicas no son más que signos de la presunción y

de la arrogancia de los hombres frente al mundo, frente a Dios, que no ha querido revelarles su secreto. Quienes se dan cuenta de ello, quienes reflexionan sobre sí mismos, quienes saben resignarse a aceptar los límites del espíritu humano, no deberían tolerar que charlatanes que pretenden saber lo que ignoran continúen dominándolos. A ellos les incumbe llevar adelante la lucha contra el espíritu dogmático y autoritario de las sectas, contra el despotismo de la iglesia.

De una parte pues, la dialéctica en el descubrimiento de lo absurdo, la revuelta contra el reino de la no razón; de otra parte la certeza interior de que debemos resignarnos a ignorar los secretos del mundo y por consecuencia luchar contra la intolerancia. Nuestra facultad crítica nos hace reconocer claramente en qué medida los dogmas, tomados uno por uno, son absurdos, y los argumentos teológicos contradictorios; además sabemos nosotros, porque nos hemos dado cuenta de los límites del espíritu humano y de nuestra insignificancia en relación al universo, cómo son de tontas las afirmaciones dogmáticas sobre la forma como marcha el mundo. Es el odio que inspira la actitud dogmática a los espíritus críticos entrenados en pensar con prudencia y moderación. No se trata de sustituir con un dogma nuevo los antiguos sino de remplazar una manera de ver dogmática y predeterminada por una disciplina científica, fundada sobre la experiencia y una actitud crítica. La manera de ver rígida y autoritaria de las sectas dogmáticas no puede sino provocar el antagonismo de los hombres esclarecidos cuyo espíritu flexible y libre de todo vínculo es llevado al sarcasmo y, sobre todo, a la crítica negativa. ¿Qué es lo que pretenden todas esas sectas? ¿Es que hay sectas en la geometría, en el álgebra, en las matemáticas?

¡Qué los filósofos se entreguen a su gusto a especulaciones sobre el universo! Pero que observen la tolerancia y que marchen a la par en la lucha contra el espíritu dogmático, pues este espíritu es su enemigo que busca dominarlos a todos. En esta lucha es absolutamente necesario que ellos se apoyen mutuamente.

Incumbe sobre todo a Diderot y a D'Alembert darnos en su gran *Enciclopedia* los instrumentos de combate. Para sostener esta obra deberán formar las gentes cultivadas y los filósofos un batallón que combata a cuatro costados. También está Helvétius. El es muy rico. El debería darnos los fondos requeridos para imprimir cosas útiles. El podría reunir en su casa a los filósofos, contribuir a hacer propagar las luces de la razón de una manera inmediata de hombre a hombre, fundar en su casa un tribunal de hombres esclarecidos. Puesto que dispone de su tiempo, es instruido y rico, ¿por qué no escribe él algo preciso, alguna cosa convincente contra el fanatismo? Pero ¡ay!, él se ocupa de metafísica. Las obras de metafísica no son leídas sino por muy pocas gentes; pocas gentes pueden comprenderlas. Ellas convocan siempre a la contradicción y dan armas a los adversarios. Es mucho más seguro y al mismo tiempo agradable hacer al mismo tiempo ridículas y despreciables las disputas teológicas, esclarecer simultáneamente al canciller y al artesano, escribir pequeñas obras, de hechos evidentes, claros y simples, que todo el mundo pueda comprender y que no puedan fallar en

sus efectos. Tendríamos también a Marmontel que podría escribir bellos relatos. El debería escribir relatos filosóficos que hicieran ridículos a ciertos dementes y a sus locuras. Todo esto con cierta discreción. O bien, como Voltaire escribe a Damilaville, se debería ensayar "llevar algo de claridad al caos de la antigüedad" y "despertar interés e inclinación sobre la historia antigua, mostrar cómo se nos ha engañado en todo, cuanta cosa vieja es totalmente moderna, cómo aquello que se nos ha presentado como respetable es ridículo, dejar al lector extraer él mismo las consecuencias"⁴⁷ Se trata sin que se note de tomar la delantera sobre la iglesia y actuar como aquellos que no piensan en atacarla. "No es necesario —escribe— discutir con gente testaruda, la contradicción los irrita en lugar de esclarecerlos... Nunca la disputa ha convencido a nadie; se puede conducir a los hombres haciéndolos pensar por ellos mismos, como si se dudara con ellos, como llevándolos de la mano sin que ellos se den cuenta"⁴⁸.

Pero para ello es necesario antes que todo que los filósofos se pongan de acuerdo, que dejen de lado todas las diferentes concepciones de mundo salidas de sus cerebros. Es necesario que la razón, los seres pensantes y la paz se encuentren de un lado, y el fanatismo, los seres no pensantes y la guerra del otro. Si solamente los filósofos se pudieran entender, sería el triunfo de la razón. Se vería nacer "la más bella época de la historia del espíritu humano"⁴⁹. ¿Por qué no usan ellos esa posibilidad, como los estoicos y los epicúreos que eran hermanos y no formaban sino un mismo cuerpo?

La fe en la razón y la idea de libertad

Si en Montesquieu las leyes son las creaciones de una razón teleológica, que, lejos de partir de ciertas reglas válidas para todos, se adaptan siempre a los diferentes datos históricos y se esfuerzan en encontrar los medios de mantener las formas colectivas bajo las cuales viven los hombres, la lógica inmanente al pensamiento de Voltaire exige que las leyes sean el producto de una razón absoluta, soberana en sus evaluaciones y libre de prejuicios. No se trata de encontrar un sentido en el caos de las leyes y las costumbres que ofrece la historia del mundo inteligente —pues la razón crítica percibe toda la absurdidad—, se trata de crear un nuevo tipo de sociedad según los principios del siglo de las luces.

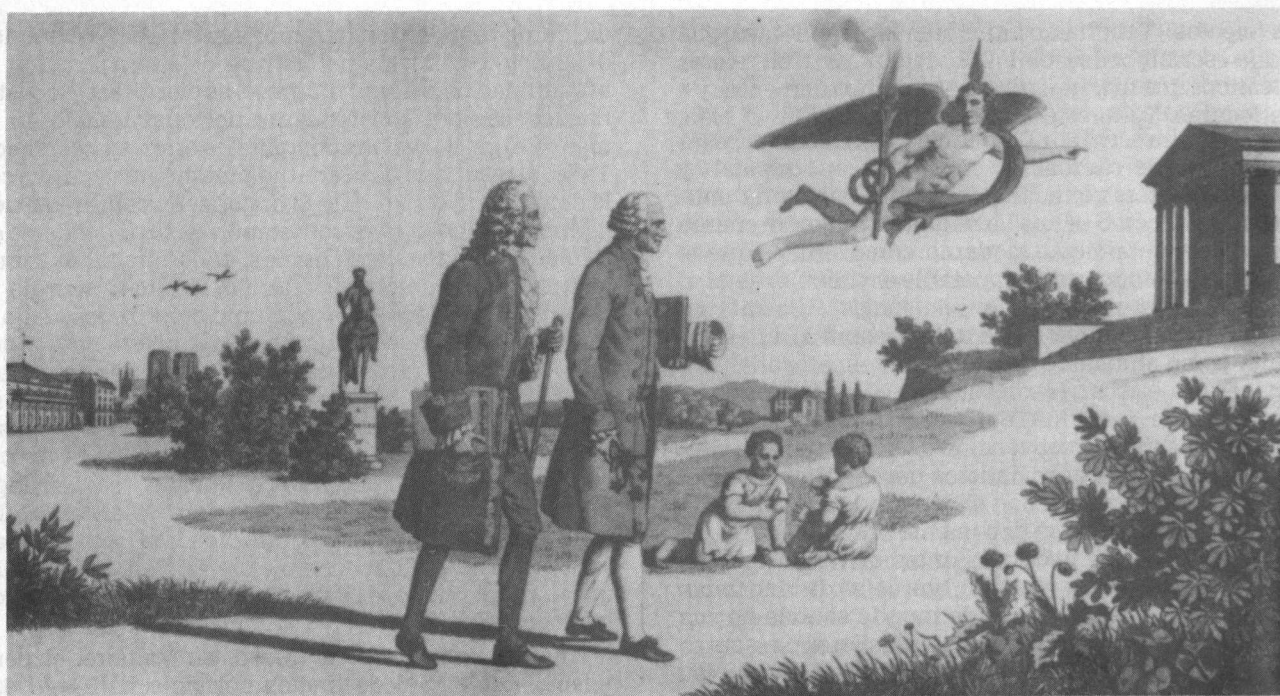
Encontramos en Voltaire, de una parte una concepción pesimista, crítica y negativa, de la historia de la humanidad tal y como ella se ha desarrollado. Todo lo que ha pasado hasta ahora —por lo menos desde la fundación de la iglesia cristiana— no es más que una sucesión infinita y fastidiosa de absurdos. "El mundo es un caos de absurdos y horrores"⁵⁰. Por todas partes la misma ausencia de juicio, el mismo fanatismo, las mismas supersticiones. Y si se entra en el detalle de la vida colectiva ¡qué clase de monstruosidades no se podrían indicar! Campesinos que mueren de hambre mientras una clase de privilegiados vive en la abundancia sin producir nada; un padre que deshereda a sus hijos para dárselo todo a un yerno. Por todas partes reina la ley del más fuerte, y esto no solo de pueblo en pueblo sino también

de ciudadano en ciudadano. Así marcha el mundo desde siglos. En los comienzos de la civilización la humanidad hizo algún progreso, es cierto. Pero la historia después del advenimiento del cristianismo no es más que una sucesión constante de errores y prejuicios. Tal es el resultado de la actitud puramente negativa con la cual considera Voltaire la historia. En contraposición a Montesquieu, que ve contemporizarse o sucederse en la historia una serie de etapas, cada una en el seguimiento de un objetivo particular, Voltaire avizora el desarrollo histórico en su conjunto colocándose bajo el punto de vista de un valor absoluto, válido para todos los pueblos. La razón, gracias a los valores evidentes que ella representa, puede dirigir toda la historia. En su soberanía, ella rechaza todo lo que ha existido hasta ahora. Montesquieu, por lo contrario, buscaba descubrir un sentido razonable en los sistemas de leyes erigidos por los hombres. Pero hasta aquí la razón no ha intervenido nunca aún en forma creadora en la realidad viviente. Las leyes, tal como ellas existen, no son más que el producto de la superstición, de los prejuicios, de la insensatez.

Uno encuentra allí de nuevo, en Voltaire, el pesimismo intelectual de finales del siglo XVII, el pesimismo de un Pascal, de un La Bruyere, de un La Rochefoucault, de un Bayle, el sentimiento del absurdo del mundo. Pero ya no se trata de una resignación delante de este absurdo. Si la razón crítica soberana nos fuerza a reconocer que no ha existido ningún sentido en el mundo tal como ha sido hasta ahora, experimentamos al mismo tiempo la alegría que nos da la clara conciencia de haber salido de este caos, de podemos oponer a todo este absurdo, de estar libres de prejuicios.

Esta actitud pesimista frente a la historia, esta crítica negativa de lo que ha pasado y pasa aún, es la misma de la revolución francesa. Es una crítica provocada por el absurdo, por las contradicciones de las cuales dan testimonio las instituciones de los hombres: leyes que valen para un país y no para otro, leyes reservadas a una sola clase de ciudadanos, leyes que hacen revelarse a aquellos que trabajan y dan a aquellos que no hacen nada, los azares del nacimiento determinado el rango que un niño está llamado a tener en la sociedad etc. La historia de la humanidad no es más que un gran absurdo. Detrás de nosotros y a nuestro alrededor la oscuridad, nada que nos pudiese indicar lo que se deba hacer. Tal es el punto de partida o de algún modo aquello que hace el fondo mismo, el punto de vista que asume la revolución francesa.

De otra parte, en cambio, la esperanza en el advenimiento del reino de la razón. ¡Que los primeros lugares sean ocupados por los filósofos, piensa Voltaire, y se podrán permitir todas las esperanzas! Si todo ha marchado al revés hasta ahora es porque los hombres no han querido ni pensar, ni hacer uso de su razón. La crítica histórica descubre por todas partes la insensatez de que dan testimonio los actos y las leyes hechas por los hombres después de que la iglesia ha hecho reinar la superstición en el mundo. El absurdo de que da testimonio la historia no es una cosa inherente a la vida de los hombres, no es una debilidad congénita, una impotencia de la razón. Ella no se debe sino a los errores del



El genio de Voltaire y de Rousseau les conduce al templo de la Gloria y la Inmortalidad. Biblioteca Nacional, Paris.

hombre y es por ello por lo que es necesario esclarecerlos.

De una parte pues, la concepción pesimista del pensamiento humano tal y como se desarrolla hasta ahora, y de otra parte, la confianza en la razón humana, la esperanza en la creación de un nuevo orden de cosas dictada por la razón. En adelante la razón conducirá a la pasión —la gran pasión tal y como la concebía el siglo XVIII— hacia una nueva era. Ella le dará como objetivo actuar para el bien de la humanidad. La pasión hecha razón, la pasión de la razón va a poseer a los hombres de la revolución francesa, un Mirabeau, por ejemplo. La filosofía humana comienza a pesar más sobre la superstición bárbara. Ciertamente se la hará padecer asaltos, así como se ha atacado los descubrimientos de Newton, pero tarde o temprano esta no reinará ya más.

La Revolución Francesa sabrá a quien corresponde el derecho de hacer la ley

En la negación de todo lo que fue y de todo lo que aún existe, en la esperanza de una nueva era en la cual todo adquirirá un sentido, la revolución está de acuerdo con Voltaire. Pero en otros aspectos ella lo sobrepasa. Por ejemplo, él se pregunta quién debe reinar, quién debe hacer las leyes en el nuevo orden social. Es una cuestión similar a la que planteaba Montesquieu. Montesquieu ha establecido ciertamente reglas, ha dado consejos, pero no ha dicho quién debía ser legislador. Eso depende para él de circunstancias históricas y de las formas de la constitución vigente. En cuanto a Voltaire, son las personas desprovistas de prejuicios, las gentes esclarecidas, los filósofos, quienes deben intentar intervenir en la legislación. Es necesario que ellos ejerzan su influencia sobre aquellos que tienen por tarea gobernar

a los pueblos. Es por lo demás lo que acontece ya de un extremo a otro de Europa: Federico el Grande, Catalina II no han hecho más que seguir en su administración los principios del siglo de las luces. Pero sobre todo, es necesario que los filósofos dirijan la opinión pública. Este es su primer deber puesto que será aquella la que terminará por dominar a todos los hombres, al mundo entero. El juez supremo es el público esclarecido. Es necesario que poco a poco los filósofos tengan en su poder a la opinión pública. Es necesario que ellos intenten conducir a las gentes a pensar por sí mismas, que parezcan compartir sus dudas, que, de argumento en argumento, los lleven a renunciar a aquello que sus opiniones puedan tener de personal e irrazonable. Siempre habrá sobre la tierra un pequeño número de filósofos, una minoría de gentes sabias y esclarecidas; ellos formarán una permanente élite intelectual en la sociedad. El más grande servicio que se puede prestar a la humanidad es separar las gentes cultivadas de los imbéciles. Pues siempre habrá una gran cantidad de imbéciles. Poco nos importa, piensa Voltaire, el que nuestros labradores y trabajadores, zapateros y sirvientes, nuestros sastres y silletteros sean esclarecidos. "Es acertado —escribe Voltaire a Damilaville— que el pueblo sea guiado y no que sea instruido; él no es digno de serlo. 40.000 sabios es aproximadamente todo lo que hace falta"⁵¹. Damilaville no está de acuerdo; él quiere que el pueblo reciba instrucción. "Yo creo que no nos entendemos en relación al pueblo que usted cree digno de ser instruido", le responde Voltaire. "Yo entiendo por pueblo el populacho que no tiene más que sus brazos para vivir. Yo dudo que esta clase de ciudadanos tengan nunca el tiempo ni la capacidad de instruirse; ellos morirían de hambre antes de convertirse en filósofos"⁵². Pero no se trata más que de aquel que él llama "el

pueblo bajo", de "aquellos que ocupados en ganarse su vida no pueden ocuparse de esclarecer su espíritu"⁵³. En cuanto a los "artesanos mejor situados, que son forzados por su misma profesión a reflexionar bastante, a perfeccionar su buen gusto, a ampliar sus conocimientos, ellos comienzan a leer en toda Europa"⁵⁴. Ellos deben darse cuenta de que poseen una inteligencia, deben ser ilustrados. Y cuando los principales ciudadanos sean ilustrados también mejorarán las clases inferiores. "Es necesario que la luz descienda por grados; la del pueblo bajo será siempre confusa... a él le basta el ejemplo de sus superiores"⁵⁵.

Este es el punto de vista que predomina hasta la iniciación de la revolución francesa. Un pequeño número de filósofos buscan en todo Europa esclarecer la opinión pública en relación a todos los campos del saber. Los principios que comparten los hombres cultivados deben dominar el mundo, obtener en todas partes reformas, nuevas leyes. Pero en el transcurso de la revolución francesa el asunto se va a plantear de otra manera. Se trata de saber cuál es la naturaleza del poder legislativo. La opinión pública esclarecida debe reglamentar la legislación de los estados. Pero ¿cómo concebir una opinión pública convertida en poder legislativo? Se puede pensar en crear un derecho de sufragio del cual serían excluidas las clases inferiores, en dividir el pueblo en "ciudadanos activos" y "pasivos" y es esto lo que hizo la asamblea constituyente. Pero de inmediato se plantea otra cuestión.

Mientras se limitara la cuestión a quien había que confiar la tarea de aprobar las mejores leyes era fácil de responder: a las "personas esclarecidas". Pero ahora se trata de otra cosa: se trata de saber quien tiene el derecho de hacer la ley. Ya no se trata de decidir cuál es la mejor de las leyes, sino de dar a la ley un fundamento jurídico. Puesto que, de acuerdo con su naturaleza, todo hombre que haya adquirido su mayoría de edad —responderán los revolucionarios— no puede ser sometido a la voluntad de otro, no puede dejarse prescribir por otras leyes en cuya elaboración él no hubiera colaborado personalmente o por intermedio de sus representa-

tes. La revolución francesa, al plantear la cuestión del derecho en relación a las leyes, sobrepasa a Voltaire. Inspirándose en él, puede llegar a exigir que todo el pueblo sea esclarecido, que cada uno esté en condiciones de reflexionar sobre las condiciones bajo las cuales se harían las mejores leyes y pueda colaborar en lo relativo a los intereses comunes de la sociedad. Esta es una reivindicación que manifiestan sobre todo Condorcet, Rabaut-Saint-Etienne, los Girondinos. Pero está claro de otra parte que aquellos que se limitan a preguntar cuáles son los medios más aptos para hacer las mejores leyes posibles, aquellos que preguntan siempre por la razón y no por el derecho, no pueden dejar de encontrarse en oposición precisamente a la concepción revolucionaria del derecho.

Voltaire ha hecho conciente a todos de su independencia intelectual. El les ha enseñado a todos que tenían en sí una facultad que posee un valor por ella misma: su propio pensamiento, la razón. Pero el gran señor, el príncipe del espíritu que era el patriarca de Ferney, no llega a considerar que este valor es el mismo en todos los hombres. Siempre habrá hombres inteligentes e imbéciles, siempre habrá solo un pequeño número de creaturas que piensan por sí mismas, filósofos; a su lado un número más grande de personas que se dejarán esclarecer y finalmente la gran masa de aquellos que deberán ser guiados. Es la aristocracia del intelecto que quisiera extender su dominación lo más ampliamente posible y, para llegar a sus objetivos, pagar las luces del siglo. Ella busca hacer felices a todos los hombres, pero ella no cree al hombre capaz de alcanzar la felicidad por sí mismo. Ella reivindica la libertad, la libertad de cada uno de pensar por sí mismo y de expresar lo que piensa. Y así prepara ella la idea de libertad que será retomada por la revolución francesa. En cuanto a la otra gran idea de la revolución francesa, la idea de la igualdad, ella no forma parte del inventario de la aristocracia intelectual. Para concebirla será necesario encontrar en el hombre otro valor común. Y este valor será Rousseau quien lo descubrirá en sí mismo y le dará nueva vida.

NOTAS

1. Carta de Voltaire a Catalina II del 20.7.1770.
2. Carta a la Marquesa du Deffand, 18.5.1772.
3. Carta al Sr... sobre cuestiones metafísicas, 1776.
4. *Micromegas*, cap. II y VI.
5. Carta a L.M.C., 23.12.1768.
6. Id., *Sur les qualites occultes*, 1768.
7. Carta al príncipe real de Prusia Federico Guillermo, 28.9.1770.
8. Idem., octubre 1737.
9. A la Marquesa du Deffand, 8.8.1770.
10. Idem., 2.12.1769.
11. *Dictionnaire Philosophique*. Artículo *Enthousiasme*.
12. A la Marquesa du Deffand, 31.12.1774.
13. A Federico II, 5.7.1767.
14. Al Marqués de Villeville, 20.12.1768.
15. A Helvétius, 26.6.1765.
16. A Damilaville, 19.9.1764.
17. A D'Alambert, 15.10.1766.
18. Idem., 15.6.1764.
19. Idem., 8.2.1775.
20. Idem., 20.10.1761.
21. Idem., 20.4.1761.
22. Idem., 12.7.1762.
23. A Helvétius, 27.10.1766.
24. A D'Alambert, 26.12.1767.
25. Idem., 26.6.1766.
26. Idem., 7 u 8.5.1761.
27. Idem., 16.10.1765.

28. D'Alambert a Voltaire, 22.11.1765.
29. Idem., 16.7.1766.
30. Carta a D'Alambert, 23.7.1766.
31. Idem., 30.1.1764.
32. Idem., 30.1.1764.
33. Idem., 26.6.1766.
34. A la Marquesa du Deffand, 6.9.1769.
35. A Mme. d'Epinay, 26.9.1766.
36. A Damilaville, 19.11.1765.
37. A D'Alambert, 23.7.1769.
38. Idem., 26.6.1766.
39. Idem., 25.8.1766.
40. Idem., 16.10.1765.
41. Idem., 30.9.1767.
42. Idem., 1-3.1764.
43. Voltaire: *L'Homme aux quarante ecus*, IX.
44. A la Marquesa du Deffand, 1.6.1770.
45. A D'Alambert, 5.4.1765.
46. A la Marquesa du Deffand, 21.3.1764.
47. A Damilaville, 13.7.1764.
48. Al Marqués D'Argence de Dimc, 14.3.1764.
49. A Damilaville, 5.5.1764.
50. A D'Alambert, 7.6.1773.
51. A Damilaville, 19.3.1766.
52. Idem., 1.4.1766.
53. Idem., 13.4.1766.
54. A M. Longuet, 15.3.1767.
55. A Damilaville, 13.4.1766.